

Otras miradas a la ruralidad



MONOGRAFÍA
CONFECCIONADA
A PARTIR
DE INFORMACIONES
Y REPORTAJES
ELABORADOS
POR EL SERVICIO
DE NOTICIAS DE
LA MUJER
DE LATINOAMÉRICA
Y EL CARIBE
SEMIac

Otras miradas a la ruralidad

Monografía confeccionada
a partir de informaciones y reportajes elaborados
por el Servicio de Noticias de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe
- SEMIac -

Una red por el avance de las mujeres rurales	4
Cuestión de justicia social	6
Contradicciones a pie de surco	8
Mirar al campo	11
La clave está en el apoyo	14
En busca de otros caminos	16
Desarrollo local y género, binomio con desafíos	19
Cadenas productivas: en busca de eslabones perdidos	22
Emprendimiento femenino se abre espacio en el campo	25
Fecundidad demanda miradas atentas	28



Servicio de Noticias de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe

Corresponsalía Cuba

Calle Monserrate No. 261 e/ San Juan de Dios y Empredado.

Habana Vieja, La Habana. Cuba.

Teléfono: (537) 862-3053 / 862-3052.

E-mail: semlaccu@enet.cu

Web: www.redsemlac-cuba.net



Unas dirigen granjas de ganadería y son abanderadas de la técnica aplicada a la producción agropecuaria; mientras otras se encargan del huerto en casa o asumen el cuidado de la familia, de los animales y las labores domésticas, sin salario a cambio.

Las hay directamente vinculadas a la producción, como titulares en el arrendamiento de tierras o en cualquier otro puesto de trabajo, sea el de maestra, médica o empleada de un banco.

También están la joven que interrumpió los estudios por un embarazo temprano que no esperaba y le hizo cambiar sus planes, o la universitaria que no regresó a su pueblo y empezó una vida nueva en la capital, donde encuentra oportunidades más atractivas.

Una variedad de mujeres pueblan el ámbito rural cubano con sus historias, más allá de la producción del campo, que sigue siendo necesaria y a la que se incorporan de un modo u otro.

UNA RED POR EL AVANCE DE LAS MUJERES RURALES

Por Sara Más



En la producción de alimentos, las mujeres pueden ser protagonistas de los cambios.

Representantes de la academia, entidades estatales y organizaciones no gubernamentales consideran necesario sistematizar la información disponible, estadística y cualitativa, para hacer una caracterización demográfica de las mujeres rurales en Cuba en todo su contexto, más allá de las que trabajan la tierra.

Así lo expresaron asistentes a un taller nacional, realizado el pasado 17 de julio, para reactivar la Red Nacional de Organismos e Instituciones de apoyo a la Mujer Rural, que coordina la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), única organización femenina del país que agrupa a más de cuatro millones de cubanas.

A juicio de su secretaria general, Teresa Amarelle Boué, se trata de “un trabajo estratégico para el desarrollo y el empoderamiento de las cubanas”.

El interés principal de reanimar y fortalecer la red es poder articular los esfuerzos de diversas entidades que, desde sus encargos sociales, trabajan por el avance de las mujeres rurales.

El proceso es parte de la segunda fase del proyecto “Hacia una cultura de igualdad de género”, que desarrolla la FMC con apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), precisó Arelys Santana, segunda secretaria de la FMC.

El coordinador de la Oficina Técnica de Cooperación de la AECID, José Piqueras, señaló que ese trabajo con la FMC y otras instituciones cubanas responde igualmente a las prioridades del marco de cooperación acordado entre los dos países, que incluye el desarrollo rural y el tema de género.

Antes del taller nacional, tuvieron lugar dos encuentros regionales en las provincias de Villa Clara y Granma, con representación de los territorios orientales y centrales.

“Me gustó en particular el compromiso de mujeres productoras por el avance de las mujeres rurales”, comentó la socióloga Dayma Echevarría, quien participó en el encuentro en Villa Clara, ciudad a 276 kilómetros de La Habana.

La también profesora del Centro de Estudios de la Economía Cubana consideró que la diversidad de sus integrantes es una fortaleza de la red, e identificó, igualmente, que hay desconocimiento aún sobre género, el Plan Nacional de Acción de Seguimiento a la Conferencia de Beijing y otros temas.

“Hay experiencias funcionando a nivel local que pueden recuperarse y llevarse a otros lugares. La propuesta que más fructificó fue la de conocernos para compartir las y establecer alianzas”, indicó Echevarría.



La red fomentará la capacitación y preparación integral de las mujeres rurales para su participación en las nuevas oportunidades de empleo.

Sin embargo, en su opinión, aún falta llegar al nivel local de los municipios.

Creada en 1992 como Red Cubana de Cooperación Técnica de Instituciones y Organismos de apoyo a la Mujer Rural, esta se ajusta actualmente a los cambios del modelo económico cubano, la prioridad del desarrollo agropecuario y el papel de las mujeres en ese proceso, puntualizó Arelys Santana.

“El mayor porcentaje de la producción de alimentos del país recae en formas no estatales de producción en el ámbito rural, donde las mujeres pueden ser protagonistas de lo cambios”, agregó.

La también presidenta de la Comisión de Atención a la Mujer, la Juventud y la Familia del Parlamento cubano dijo que la red y los temas que trabaja deben difundir-

se igualmente entre diputadas y diputados de ese grupo de trabajo.

Coordinada por la FMC, actualmente integran la red los ministerios de la Agricultura, Alimentación, Trabajo y Seguridad Social, la Oficina Nacional de Estadísticas e Información y el Grupo empresarial Azcuba, así como el Centro de Estudios de la Mujer y la Editorial de la Mujer de la FMC.

También, la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), la de Producción Animal (ACPA), la de Técnicos Agrícolas y Forestales (ACTAF), la de Técnicos Azucareros, las Cátedras de la Mujer y el Sindicato de Trabajadores Agrícolas y Forestales.

La red se propone fomentar la capacitación y preparación integral de las mujeres rurales para su participación en las nuevas oportunidades de empleo en el ámbito rural, en su promoción a cargos de dirección, así como en apoyar el mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres rurales.

Cuenta con dos sedes regionales de referencia en Villa Clara y Granma, además de la nacional, y espera convertirse en espacio de intercambio y colaboración entre quienes trabajan directamente en el ámbito rural.

“El éxito estará en el trabajo de cada entidad que integra la red, en los saberes compartidos y las estrategias que establezcan para impulsar el empoderamiento de las mujeres rurales”, enfatizó Amarelle Boué.

La capacitación en temas de género, economía y cooperativismo se incluye entre los objetivos de la red, que en su reestructuración empezó evaluando los ejes de empleo, promoción a cargos de dirección y el de trabajo comunitario, salud, educación y trabajo social.

Con dos encuentros presenciales en el año, su plan de acción contempla el reconocimiento a las mujeres del sector rural en comunidades y proyectos comunitarios; y la promoción de la perspectiva de género en proyectos y capacitaciones de cada entidad que la integran.

Igualmente, garantizará la inclusión en planes y normas de las medidas del Plan de Acción del gobierno de Cuba en Seguimiento a la IV Conferencia de la Mujer en Beijing y promoverá procesos de consulta con las mujeres rurales, como partícipes de las acciones y decisiones de la red.

“Varias instituciones y organizaciones asociadas a la agricultura han avanzado en su estrategia de género, en crear puntos focales para el tema, y eso es una fortaleza para el avance de otras”, acotó Santana.

CUESTIÓN DE JUSTICIA SOCIAL

Por Sara Más



Las amas de casa rurales carecen de reconocimiento social y de compensación económica.

Isis Bello dice tener una fórmula infalible para medir las resistencias que aún persisten a la hora de promover acciones positivas para el avance de las mujeres en zonas rurales.

“Lo primero que dicen los directivos cuando se habla de brechas de género es que ‘aquí no hay eso’, lo que da la medida de que el problema sigue oculto, no se reconoce”, relata la integrante de la ACTAF en Guantánamo, la provincia más oriental de Cuba.

Luego aparecen otras expresiones como “ese trabajo es muy difícil”, “las mujeres no asumen cargos porque no quieren” o “este no es el mejor momento”, añade Bello, para quien a veces “hay demasiadas justificaciones” y una gran necesidad de trabajar más coordinadamente entre quienes actúan a nivel local, a partir de sus realidades y necesidades.

Las alianzas con las universidades y sus investigaciones son un camino favorable en ese empeño común, dijo Bello al término de la capacitación “Desarrollo rural. Una mirada desde la equidad de género”, realizada del 16 al 18 de julio de 2013 en la oriental ciudad de Santiago de Cuba, a unos 860 kilómetros de La Habana.

Convocado por la ACPA, la FMC y el Ministerio de Agricultura, el encuentro reunió a una treintena de representantes de esas y otras organizaciones no gubernamentales del sector agrario, de los gobiernos provinciales y locales, las universidades y la dirección de medio ambiente de Santiago de Cuba y Guantánamo.

Con financiamiento de la AECID, la iniciativa es parte de un proceso continuo de formación que busca incrementar las capacidades locales y preparar agentes de igualdad en ambos territorios, donde esa agencia de cooperación emprende el proyecto Desarrollo rural del Oriente cubano, con un eje de equidad de género.

Junto al interés por incentivar un desarrollo rural con énfasis en lo territorial, que incorpore a diversos actores sociales en el impulso de las potencialidades locales, el proyecto pretende empoderar a las mujeres como actoras de su propio desarrollo, a la vez que frenar las brechas de género en los procesos de crecimiento económico local.

Con una presencia del 17 por ciento en las actividades de agricultura, pesca y silvicultura, las cubanas se concentran, fundamentalmente, como parceleras y cooperativistas en el café, el tabaco y los cultivos varios (frijoles,

maíz, hortalizas), en detrimento de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa y las empresas estatales, precisó la profesora Niurka Pérez Rojas.

La coordinadora del Equipo de Estudios Rurales de la Universidad de La Habana señaló que existe un patrón reproductivo que ubica a las mujeres, mayoritariamente, en ocupaciones que son una extensión del trabajo doméstico, “lo cual se acepta acríticamente”, dijo.

“Esta situación genera pocos ingresos y representa para ellas espacios menores de poder. Además, el tiempo libre para la mujer es escaso”, agregó.

Entre los obstáculos que priman a la hora de que ellas se incorporen o no a las cooperativas, Pérez Rojas mencionó el peso de su papel tradicional como “cuidadoras”, el papel pasivo ante decisiones productivas de los hombres (cónyuge, padre, hijo, hermano) y la invisibilización de su aporte a la unidad productiva.

Aunque los estudios citados por la profesora Pérez Rojas reconocen un leve incremento en empleos no tradicionales como macheteras, conductoras de combinadas y camiones, así como alguna influencia en decisiones productivas a nivel de base, las mujeres no llegan a la dirección, agregó.

Además, “las amas de casa rurales carecen de reconocimiento social y de compensación económica; se les clasifica como población inactiva que no busca ni tiene empleo, a pesar de sostener y reproducir las fuerzas y energías de la sociedad”, resumió.

A juicio de Esperanza González, de la FMC en Guantánamo, queda mucho por hacer frente a la cultura machista arraigada en las áreas rurales, “donde el mayor

poder lo tiene el hombre, no solo en la familia, sino también en la comunidad”, comentó.

González identifica la familia como un escenario donde hay que trabajar y seguir promoviendo cambios de mentalidad. “Trabajar con enfoque de género significa también desarrollo, calidad de vida y promover para hombres y mujeres las mismas oportunidades. Esa es una batalla que se gana en la comunidad”, reflexionó.

Además de promover que las mujeres se asocien a las cooperativas y disfruten de sus beneficios, explicó que en Guantánamo, a 900 kilómetros de La Habana, se trabaja para visibilizar el trabajo remunerado o no que ellas hacen y no siempre se tiene en cuenta, así como en velar por la calidad del trabajo que se les oferta.

Un espacio ganado y que permite sinergias entre diferentes organizaciones y actores son los Comités de Género, que funcionan en cada provincia, precisó.

“Aunque son pocos los proyectos de cooperación, han contribuido a que el avance de las mujeres no se quede en leyes y pretensiones, sino que forme parte de su vida cotidiana”, asegura la guantanamera Isis Bello.

Partidaria de que se haga más sociología rural, se tributen los resultados investigativos a los actores locales y se luche contra estilos machistas de dirección, Bello aboga también por acciones afirmativas a favor de las mujeres.

A ella le queda claro que la inequidad de género en el sector rural hay que enfocarla desde el desarrollo rural sostenible. “La sostenibilidad no es solo económica y medioambiental; es lo socialmente justo”, asegura.



En Cuba, las mujeres rurales son el 10,71 por ciento del total de la población y el 21,37 por ciento del total de mujeres del país, de acuerdo con datos del Anuario Demográfico de Cuba 2013, publicado este año.

De poco más del millón 200.500 de mujeres rurales, 16,25 por ciento tenía 60 o más años al cierre de 2013.

Según el Censo de Población y Viviendas de 2002, las mujeres jefas de hogar en zonas rurales ascendían a 224.974, que representaban 17,7 por ciento del total de las mujeres rurales.

CONTRADICCIONES A PIE DE SURCO

Por Dixie Edith



Muchas llevan a la par las cargas domésticas y las del duro trabajo en el campo.

Incorporarse a las labores agrícolas proporciona independencia económica a muchas cubanas, a la vez que aumenta sus cargas laborales, coinciden investigaciones en la isla.

Daysi Chávez, con 48 años, apenas repara en cuán largos son sus días. Trabaja en una cooperativa agropecuaria desde que tiene memoria, pues cuando cumplió 15 años de edad dejó los estudios y su padre, literalmente, la puso a pie de surco.

“Me dijo que si yo no quería estudiar, entonces tenía que trabajar. Cuando aquello se estaba fundando la cooperativa y entré como socia, aunque fue mi padre quien aportó las tierras”, contó Chávez.

“Al principio recogí mucho tomate, pepino. Trabajaba en la producción de alimentos, pero después de unos pocos años empecé a hacer lo que hiciera falta: sembrar, limpiar caña... lo que fuera”, agregó.

Actualmente, Chávez dirige el organopónico de la Cooperativa de Producción Agropecuaria (CPA) Jesús Mondéjar, dedicada al cultivo de la caña de azúcar para el central azucarero Mario Muñoz, y se ocupa de todas las tareas de su casa.

“Vivo con mi hijo y mi nuera, que se van de noche y vuelven de noche; no tienen tiempo para la casa. Y también está mi esposo, que me ayuda algo, pero no mucho, la verdad”, detalló.

Ubicada en un pequeño poblado con nombre italiano, Occitania, en homenaje a los inmigrantes de ese país europeo que lo fundaron, la CPA pertenece al municipio de Los Arabos, en el centro este de la provincia de Matanzas, a más de 100 kilómetros de la capital cubana, y tiene tradición de contar con mano de obra femenina.

“Nos formamos hace 32 años uniendo las tierras de quienes vivíamos por aquí y siempre hemos sido como familia. Las mujeres que quisieron integrarse, entraron sin problemas. Hace unos cinco años llegamos a tener dos brigadas con unas 42 trabajadoras, que sembraban y limpiaban caña”, explicó José Luis Sánchez, vicepresidente de la CPA.

Eugenia Otaño, de 51 años y a cargo de la conejera de la cooperativa, pasó más trabajo para sumarse a las labores del agro.

“Antes era ama de casa, aunque toda la vida me gustó trabajar en el campo, pero cuando una se casa las cosas no son iguales. Mi esposo no quería que trabajara. Al final lo convencí y empecé hace más de 15 años aquí, en la cooperativa”, contó.

Otaño siempre crió conejos en casa y pasó a hacerlo también en la CPA, cuando se enfermó el trabajador que estaba a cargo de la conejera. Ahora sueña con incrementar las crías.

“Me encantan los animales y creo que todas las mujeres deben trabajar, poder mantenerse solas. Aquí en el barrio casi todas trabajan, aunque las más jovencitas prefieren las oficinas en lugar del campo”, razonó.

Chávez coincide con su colega de labores. “Empezamos el día a las cinco de la mañana y lo terminamos a veces muy tarde, por la noche, pero siempre he dependido de mí misma y me alegro mucho de eso”. Actualmente, la CPA cuenta con 118 integrantes, 24 de sexo femenino, lo que representa alrededor del 20 por ciento de la fuerza laboral de esa forma de organización productiva.

Pero todas esas mujeres siguen llevando a la par las cargas domésticas y las del duro trabajo en el campo, confirma la tesis defendida por la doctora Marta Núñez Sarmiento, socióloga e investigadora en temas de género en la Universidad de La Habana, quien suscribe que los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres no han ocurrido de manera pareja en Cuba.



El pasado mes de abril, durante el panel “Género, Agricultura y Sanidad Vegetal”, la directora de cuadros del MINAG, Julia Muriel Escobar, presentó un informe y dio a conocer que, de los 628.475 trabajadores de ese organismo, 23,2 por ciento son mujeres y más de la cuarta parte menores de 30 años. Según el documento, 48.687 mujeres forman parte de la fuerza de trabajo vinculada directamente a la producción, lo que representa un 70,3 por ciento de todas las que pertenecen al MINAG. De ellas, entre el sector estatal y empresarial, 73 son doctoras en ciencias, 487 master, 339 especialistas. Sin embargo, de 108 puestos de dirección con responsabilidad de toma de decisiones, solo el 18,5 por ciento están ocupados por mujeres. Al respecto, se ha visibilizado como retos la creación de un comité de género y la confección de una estrategia sobre el tema, así como de un plan nacional de seguimiento.

“Las mujeres hemos tenido que transformar, reconstruir los patrones de género y la mayoría de los hombres no lo han hecho todavía”, defiende Núñez en su libro *Yo sola me represento*, publicado en 2011.

Para esta estudiosa, los cambios han estado acompañados por la reproducción de estereotipos y prejuicios sexistas, como el mantenimiento de roles familiares que responden a los patrones más tradicionales de la división del trabajo doméstico, con la consecuente sobrecarga para las mujeres.

Para la doctora Niurka Pérez Rojas, coordinadora del Equipo de Estudios Rurales de la Universidad de La Habana, entre los principales obstáculos para que las mujeres se incorporen a las cooperativas están el peso de su función tradicional como cuidadoras, el papel pasivo ante las decisiones productivas de los hombres de sus familias y la invisibilidad de su aporte al espacio productivo en que viven.

También suele ocurrir que ellas alcanzan puestos de dirección intermedios, pero no llegan a los cargos más importantes de toma de decisiones.

Es el caso, por ejemplo, de Daysi Chávez, quien se ha desempeñado en diferentes responsabilidades en la CPA Jesús Mondéjar: desde representante en el centro de acopio de caña en tiempos de zafra, hasta jefa del organopónico; pero no ha llegado a ocupar cargos en la junta directiva, pese a ser una de las socias fundadoras.

Otra investigación realizada en la oriental provincia de Camagüey, a 535 kilómetros de La Habana, ilustra la desigualdad que existe entre hombres y mujeres a la hora de ocupar responsabilidades de dirección en el sector cooperativo rural.

Según el estudio, difundido por la revista *Temas* en 2012, de las 283 cooperativas que funcionaban en esa provincia cubana, solo nueve estaban presididas por mujeres, realidad que se sustenta, fundamentalmente, en el predominio del modelo de dirección masculino y de patrones sexistas para la distribución de los roles en el hogar.

A ellas “se les reconoce más su contribución al desarrollo rural por el papel que desempeñan en la reproducción y el mantenimiento de las unidades domésticas, que por su aporte económico”, consideran las autoras Maribel Almaguer Rondón, profesora de la Universidad de Camagüey, y Ana Lidia Torres Armenteros, docente de la Universidad Médica de ese territorio, a más de 530 kilómetros de La Habana.

Tras profundizar en las dinámicas concretas de funcionamiento de 12 cooperativas, entre enero de 2006 y diciembre de 2010, estas investigadoras enumeraron el poco reconocimiento social que reciben las personas empleadas en cargos de dirección y la valoración negativa que sufren al permanecer menos tiempo con la familia.

Pero también aluden a la carencia de medios de transporte y comunicación; la existencia de formas masculinas de dirección y pocas opciones de capacitación que conspiran contra el buen desempeño de las responsabilidades. Además, refieren el pobre acceso a servicios de apoyo al hogar como círculos infantiles, instalaciones gastronómicas y de reparación de equipos, o instituciones que sirvan de apoyo para el cuidado de adultos mayores.

Dilcia García Pérez, a cargo del Programa de Género en la ACPA, coincide con las estudiosas camagüeyanas.

“Las relaciones laborales y sociales han cambiado en las zonas rurales, pero no las familiares. Existe un estilo muy masculino de dirigir, al organizar reuniones en horarios y días inapropiados, que perjudican sobremedida el disfrute de la dirigente con su familia”, explicó.

Para la doctora Pérez Rojas, es evidente la necesidad de una estrategia más integral de atención al sector agrícola que permita modificar, aunque sea paulatinamente, los estereotipos que persisten en los campos cubanos, según aseguró al dictar la conferencia “Mujeres y ruralidad: inserción femenina en organizaciones agropecuarias (cooperativas-colectivas) cubanas”, durante las jornadas de la mujer rural “Saberes y experiencias”, celebradas en La Habana en octubre de 2011.

Esa estrategia facilitaría, al decir de Pérez Rojas, “no solo la independencia económica de las mujeres, sino la transformación del comportamiento de los habitantes de las zonas rurales”. Y también aliviaría sus cargas cotidianas.



Las relaciones laborales y sociales han cambiado en las zonas rurales, pero no las familiares.

Unas 65.993 mujeres están asociadas a la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), organización que suma a productoras y productores del sector privado y cooperativo en Cuba. Ellas solo representan 17 por ciento de su membresía, según datos de este año publicados en el periódico *Granma*. Las mujeres fueron 142.300 entre más de un millón 838.000 personas

ocupadas en agricultura, ganadería, silvicultura y pesca, según datos de la estatal [Oficina Nacional de Estadísticas e Información](#) (ONEI) en 2013.

Uno de los motivos del incremento femenino es la entrega de tierras a más de 13.200 mujeres, a partir de la puesta en vigor en 2008 del Decreto-Ley 259 (renovado y perfeccionado en 2012 por el 300), que otorga tierras en usufructo para la producción agropecuaria.

Ellas tampoco son mayoría entre quienes dirigen en las cooperativas. Informes de la ANAP reportan que hasta mediados de 2012 las mujeres en cargos de dirección en las CPA representaban solo 24 por ciento y apenas el 15 por ciento en las CCS. También suele ocurrir que ellas alcanzan puestos de dirección intermedios, pero no llegan a los cargos más importantes de toma de decisiones.

MIRAR AL CAMPO

Por Raquel Sierra



Las mujeres con tierras en usufructo las están trabajando y no regresan atrás, porque tienen una fuerza y un compromiso, asegura Dilcia García, de ACPA.

Unas decidieron estrenarse y pedir tierras ociosas para producir alimentos; otras sumaron nuevos terrenos a los heredados de sus mayores o trabajan los otorgados a sus esposos. Algunas prefieren la crianza de animales, pero no pocas escogen los cultivos varios o mezclan de todo. Como la vida misma, las mujeres usufructuarias de tierras en Cuba son diversas, pero tienen algo en común: la persistencia.

Yusimí García es veterinaria y ejerció su profesión en una cooperativa habanera. Después de enviudar, todavía joven, pidió un terreno y compartió su tiempo entre la cooperativa y su finca, hasta que un día decidió que, si quería buenas vacas lecheras, tendría que dedicarles toda su atención.

Sola, con la responsabilidad de criar a su hija y no descuidar su hogar, cada día ve engordar su rebaño y crecer sus resultados económicos. Ella es una de las mujeres favorecidas con la entrega en usufructo de tierras estatales ociosas.

En Cuba se han entregado más de un millón 580.000 hectáreas de tierras ociosas en usufructo hasta enero de 2014, desde la puesta en vigor del Decreto ley 259, en septiembre de 2008. Este decreto fue sustituido desde el 9 de diciembre de 2012 por el Decreto ley 300, que amplía algunas posibilidades, entre ellas la cantidad de tierras para cultivar por persona y la autorización para la construcción de viviendas que garanticen la permanencia en el campo.

Ana Julia Álvarez, ganadera de Cabaiguán, en la central provincia de Sancti Spíritus, es de las que solicitó más hectáreas, pues las heredadas de su padre están al tope y la falta de terrenos le impide incrementar la producción lechera.

“Las mujeres pueden seguirse abriendo camino en el campo. No digo que sea fácil, lleva trabajo, apoyo e inversiones; pero, explotada inteligentemente, la tierra te agradece y retribuye”, cuenta esta mujer de 47 años, quien junto a su esposo asumió la finca familiar, después de vivir 17 años en la ciudad.

Para Niurka Pérez Rojas, al frente del Equipo de Estudios Rurales de la Universidad de La Habana, es cierto que hay un avance, pero continúa siendo muy escasa la presencia femenina en la agricultura.

“Las que piden tierras, por lo general han estado vinculadas de alguna manera al campo; sin embargo, otras cuyos oficios no tenían nada que ver con la agricultura,

como la fotografía, por ejemplo, también han preferido solicitar un terreno”, dijo Dilcia García, al frente del programa de género de la ACPA.

Este proceso, que a todas luces puede verse como una oportunidad de empleo, ingresos, disponibilidad de alimentos y desarrollo, encuentra a su paso dificultades y obstáculos, más marcados en el caso de las mujeres.

A LA CAZA DE PORQUÉS

La interrogante se reitera ante el panorama de la mujer usufructuaria: ¿por qué suman un porcentaje bajo?

Las miradas son múltiples y las explicaciones muy diversas. Para Aurelia Castellanos, presidenta de la ACPA en La Habana, el obstáculo está en las propias personas.

“Es tan patriarcal la construcción de la familia que, en un matrimonio, incluso si el hombre tiene un trabajo que le impide estar directamente vinculado a la producción y la tierra, pero hace falta una finca, la propia mujer accede a que la tierra, en los papeles, esté a nombre del esposo”, declaró.

A su juicio, ese tipo de pensamiento está muy enraizado en la cultura y es muy difícil cambiarlo en dos días. “Aun cuando las decisiones sobre la finca, la comercialización y el acceso a los recursos cada vez más las toman las mujeres o, a diferencia de hace apenas unos años, a ellas se les consulta y escucha, la tierra está otorgada oficialmente al hombre”, subraya.

Tal es el caso de Hortensia Martínez, de la finca La China, en La Lisa, La Habana. Tras un viejo sueño, esta ingeniera mecánica y su esposo recibieron seis hectáreas. Por enfermedad, él no puede asumir las labores agrícolas, a las que ella dedica casi todos los días de la semana, junto a cuatro obreros.

Integrados a la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) “Roberto Negrín”, siembran viandas, condimentos y alimento animal. Crían gallinas, conejos, cerdos y vacas, con crecientes resultados. “Nosotras mismas lo aceptamos así, porque llevamos mucho de machismo dentro de nosotras”, dice.

Además de los patrones patriarcales que marcan las relaciones desiguales de poder entre mujeres y hombres en la sociedad cubana, investigadores han hallado otros obstáculos.

Según la ponencia “Las mujeres: reservas potenciales e invisibles de productividad”, presentada en junio de 2011 en un seminario del Centro de Estudios de la

Economía Cubana por la economista Teresa Lara y la socióloga Dayma Echevarría, la entrega de tierras “aún no constituye una oportunidad de empleo de la fuerza de trabajo femenina, ya que su presencia como beneficiaria es muy pequeña”.

Sin embargo, en las mujeres hay un potencial como fuerza de trabajo considerable, toda vez que menos del 15 por ciento se dedica al trabajo remunerado.

Las especialistas señalan que también conspiran en contra el poco desarrollo de servicios para el cuidado de niños, ancianos y personas discapacitadas, lo que refuerza su rol como cuidadoras; así como las infraestructuras insuficientes de electricidad y agua, pues sobre las mujeres recaen las actividades “que más demandan estos servicios y de las que se beneficia toda la familia, como cocinar, limpiar, lavar, planchar”.

En encuentros de nuevos usufructuarios, algunos se quejan también de la falta de recursos y medios para desbrozar las malezas que, generalmente, inundan los terrenos, al igual que de los altos precios de los insumos agrícolas. Nervys Terry, quien explota una finca muy



Las mujeres son un potencial como fuerza de trabajo considerable, toda vez que menos del 15 por ciento se dedica al trabajo remunerado.

DISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA DEL PAÍS Y SU UTILIZACIÓN SEGÚN FORMAS DE TENENCIA EN JUNIO DE 2013

Superficie (miles de hectáreas)

Concepto	Total	Estatal	No estatal			
			Total	UBPC	CPA	CCS y privado
Total	10.988,4	5.932,1	5.056,3	1.952,0	614,3	2.490,0
Superficie agrícola	6.342,4	1.851,7	4.490,7	1.677,5	521,5	2.291,7
Superficie cultivada	2.645,8	471,8	2.174,0	851,3	264,9	1.057,8
Superficie no agrícola	4.646,0	4.080,4	565,5	274,5	92,8	198,3

Fuente: MINAG

Tomado de Anuario Estadístico de Cuba 2013. Edición 2014.



cercana a La Habana, insiste: “Los recursos son escasos y los pocos que hay en la tiendas están caros”.

ESPACIO PARA EL OPTIMISMO

Aunque lentamente, la participación femenina en el campo se va abriendo paso. Pero las transformaciones, insertadas en nuevas perspectivas económicas que buscan mayor eficiencia e incentivar mucho más la producción de alimentos agrícolas para disminuir las costosas importaciones de alimentos, deben acompañarlas cada vez más los hombres, con una mayor corresponsabilidad.

“Estoy muy optimista con la presencia femenina y la sensibilización que se está obteniendo en todos los territorios, pero estos temas no se resuelven de un día para otro porque pasan por las ideologías, y hombres y mujeres tenemos que deconstruir la visión patriarcal y asumir nuevas relaciones”, considera Dilcia García, responsable de género de la ACPA.

Trabajando sistemáticamente cerca de quienes dedican su día a día al campo, García considera que, en la actualidad, comienzan a evaluarse las necesidades sentidas de las mujeres, su acceso a puestos de trabajo no tradicionales y a cargos de dirección, “y los resultados que se evalúan son alentadores”, precisa.

Estudiosos indican que la posibilidad de asentarse en el terreno concedido en usufructo podría estimular la incorporación de usufructuarias.

Datos oficiales indican que en el país hay todavía más de 975.468 hectáreas ociosas, a disposición de quienes

quieran solicitarlas mediante el Decreto ley 300 que, como novedad, autoriza la construcción viviendas para beneficio propio y de familiares en apoyo a la producción.

De acuerdo con Mavis Álvarez, estudiosa del género en el ámbito rural, en este sector se requiere aún de sensibilización para que mujeres y hombres tomen conciencia y actúen en contra de las desigualdades y desventajas para uno u otro sexo, en cualquier ámbito que se manifiesten. Aboga, además, por capacitar especialmente a las más jóvenes, de modo que tengan posibilidades de aprovechar las oportunidades.

A su juicio, en las actuales circunstancias del campo cubano y por el potencial que representan las mujeres para el sector agrario y pecuario, deben reducirse las brechas de género y valorizarse su aporte, como vía para estimular su permanencia en el campo.

Para García, las mujeres que han optado por tierras en usufructo y las están trabajando ya no regresan atrás, porque tienen una fuerza y un compromiso.

“Medidas como la entrega de tierras favorecen su empoderamiento y las llevan a ser más solidarias. Lo veo en productoras de conejos, de huevos, quienes además de tener favorables resultados productivos que ayudan a mejorar la economía familiar, entregan algunos frutos de sus producciones, de manera gratuita, a hogares maternos, de ancianos, círculos infantiles (guarderías). La oportunidad está ahí y hay que seguir incentivando que las mujeres estén y luchen por obtener ese espacio”, sostiene.

LA CLAVE ESTÁ EN EL APOYO

Por Dixie Edith



Hasta mediados de 2012, las mujeres en cargos de dirección en las CPA representaban solo 24 por ciento y apenas el 15 por ciento en las CCS.

Garantizar mejores condiciones de vida y trabajo en los campos cubanos podría ser una de las claves para promover la incorporación de mujeres a las labores agropecuarias, aseveran especialistas.

Tras media vida dedicada a la producción avícola, Támara Ferral Luis, de 54 años, cree que es “un cuento de caminos” la idea, muy arraigada en los espacios rurales de la isla, de que “el trabajo del campo le hace daño a las mujeres porque no tienen la misma fuerza que los hombres”.

“Si por eso fuera, yo no estaría viva, porque en mi vida he guataqueado, he cargado sacos de pienso, he sembrado..., he hecho de todo en el campo”, explica.

Aunque nació en el municipio de Medialuna, en la oriental provincia de Granma, a unos 700 kilómetros de la capital, Ferral emigró desde los 21 años a la provincia de Matanzas, 600 kilómetros al oeste, donde aún vive y trabaja.

Actualmente es la “profe” del espacio de enseñanza avícola del Instituto Politécnico Agropecuario (IPA) “Álvaro Reinoso”, subordinada a la unidad “Minerva Duarte”, de la Empresa Provincial de Avicultura de esa provincia del occidente cubano, distante apenas 100 kilómetros de La Habana.

Pero antes, “cuando era joven y recién llegada del oriente”, laboró durante 13 años en el nudo productivo de la “Minerva Duarte”.

“Me ayudaron mucho porque, si no, no hubiera podido. Cuando llegué, uno de mis tres hijos aún era bebé y los otros no eran muy grandes. El chiquito se crió prácticamente entre las aves”, relata.

En esa época, la unidad donde trabajada Ferral tenía 32 naves de pollos de ceba, todas atendidas por mujeres. Los hombres se dedicaban solo a las labores de mantenimiento.

“Se trabajaba mucho. Cada mujer atendía dos naves y teníamos que acarrear los sacos de pienso, con tremendo peso. Luego cambiaron las condiciones y las mujeres se fueron yendo, la unidad se fue haciendo más pequeña. Yo también me fui”, refiere.

Después de unos años trabajando lejos de las tareas del campo, Ferral regresó en 2012 a ocuparse de la práctica docente que coordina la “Minerva Duarte”.

“Me gusta el campo, pero ahora estoy enferma: tengo hipertensión arterial, diabetes, artrosis y una hernia discal. Aquí es más tranquilo, aunque hay que estar al tanto

de los estudiantes, pero yo tengo carácter y los controlo”, detalló.

Ferral no cree que sus enfermedades de hoy sean una consecuencia directa del arduo trabajo en las naves avícolas que mantuvo, día tras día, durante 13 años, aunque podrían serlo. De cualquier modo reconoce que “tener mejores condiciones de trabajo ayuda, sobre todo cuando se es joven y madre de hijos pequeños”.

MÁS ATENCIÓN, MÁS PRODUCCIÓN

“Si las mujeres no están fortalecidas con condiciones de trabajo, conocimientos y recursos, no podrán avanzar”, opinó Trinidad Sierra Zambrano, especialista en Desarrollo Humano y coordinadora de Proyectos de Colaboración de la ACPA en Granma.

Esa es también una de las recomendaciones de la tesis “Investigación participativa con enfoque de género en la Unidad Básica de Producción Cooperativa (UBPC) Organopónico Vivero Alamar”, en La Habana, de Isis María Salcines Milla. Ese estudio insiste en “crear las condiciones básicas apropiadas”.

“Se debe continuar las acciones encaminadas a lograr el mejoramiento de las condiciones laborales de la mujer e incrementar las actividades de capacitación”, puntua-

lizó la autora en este trabajo de diploma, defendido en la Universidad Agraria de La Habana.

Y la situación no solo afecta a trabajadoras avícolas o a las del sector cooperativo.

“Las trabajadoras forestales, como cualquier otra del sector agrario, además de los rigores de la escases de ropa, calzado adecuado y medios de protección individuales, soportan muchas dificultades con el transporte para trasladarse a sus puestos de labor; así como la falta de círculos infantiles”, reconoció Julia Muriel Escobar, de la Dirección de Cuadros del Ministerio de la Agricultura, durante el VI Balance Anual de Género, a fines de 2012.

La técnica en Anatomía Patológica Graciela Soria Rodríguez, matancera de 45 años, coincide con estas evaluaciones.

Aunque ahora tiene “la suerte”, según asevera, de trabajar en el Laboratorio de Investigaciones y diagnóstico Aviar de la Empresa Avícola Matanzas, laboró durante casi una década en diversas unidades, directamente en la producción.

“Me gusta el campo y sobre todo su gente, muy consagrada. Pero es muy sacrificado”, aseguró.

“Además del esfuerzo físico, que es enorme, el de la avicultura es un trabajo de tiempo completo, sin fines de semana, pues las aves no dejan de comer sábado y domingo, se descansa solo un día a la semana y las mujeres todavía somos las responsables de los hijos, de la casa...”, agregó.

Soria defiende la necesidad de apoyo y comprensión para las cubanas de los campos por parte de quienes las dirigen “porque las dificultades, las cargas; esas ya están garantizadas”.



Dificultades con el transporte para trasladarse a sus puestos de labor y la falta de círculos infantiles están entre las principales limitaciones que afrontan las mujeres para incorporarse al trabajo.

EN BUSCA DE OTROS CAMINOS

Por Dixie Edith



Para frenar el éxodo se necesitan intervenciones integrales para el desarrollo local, pero bien ajustadas a cada comunidad concreta.

Las migraciones desde el campo hacia las ciudades en Cuba tienden a feminizarse, confirman especialistas. Para frenar el éxodo se necesitan intervenciones integrales para el desarrollo local, pero bien ajustadas a cada comunidad concreta.

Sentada en su pequeña salita del barrio de San Juan, al centro de la ciudad de Bayamo, a poco más de 760 kilómetros de la capital cubana, nada apunta a que Mysladys Duvergel, una cubana de 47 años, vivió la mayor parte de su vida en un paraje impresionante de la Sierra Maestra, el principal macizo montañoso del oriente cubano, muy lejos de cualquier civilización citadina.

“Nací en un caserío cerca de la comunidad El Roble. Era obrera agrícola y allí me junté con mi primer esposo y nacieron mis hijas. Era un lugar lejos de todo y con muchos problemas con el agua, que a veces había que cargar desde un arroyo, a casi un kilómetro”, relata.

La comunidad natal de Duvergel es parte del municipio de Bartolomé Masó, muy al sur de Bayamo, en la provincia de Granma. Pero no fueron ni el pobre abasto de agua, ni la tardía conexión de su asentamiento al sistema electroenergético nacional las razones que apresuraron su decisión de emigrar a la cabecera provincial.

“Cuando la mayor de las muchachitas iba a empezar la secundaria, tenía dos posibilidades: o viajar varios kilómetros dos veces cada día, o ir a una escuela becada (interna); y a mí no me convencían ninguna de las dos. Una tía muy mayor estaba necesitando compañía acá en Bayamo y cargué con las dos niñas y cuatro maletas”, relata.

Según esta mujer, actualmente trabajadora de la gastronomía estatal, no ha vuelto a la montaña “ni de visita”. “El padre de las niñas me dejó cuando ellas tenían tres y dos años, y nunca más apareció; yo no tenía más familia en la loma”, precisó.

Ahora vuelve a estar sola. Su tía falleció y su hija mayor, de 30 años, estudió Agronomía, pero se casó y vive en La Habana, donde comparte con su esposo un negocio por cuenta propia. La más pequeña, de 29, trabaja en el polo turístico de Jardines del Rey, al centro del territorio nacional.

Duvergel y sus hijas integran la lista de las 859 personas que se trasladaron desde Bartolomé Masó a Bayamo entre 2000 y 2009, según datos publicados por el investigador Yanel Pompa Chávez, en su artículo “Las migraciones rurales-urbanas. Su incidencia en el contexto urbano bayamés”, publicado en julio de 2012 en el espacio digital [Contribuciones a las Ciencias Sociales](#).

De ellas, poco más del 56 por ciento fueron mujeres, una tendencia que viene perfilándose desde hace varias décadas en el panorama migratorio cubano.

¿ELLAS SE MUEVEN MÁS?

Aunque la migración entre localidades rurales es más común en los hombres, las mujeres son mayoría entre quienes migran “hacia áreas más urbanizadas, en busca de una estructura más diversificada de las fuentes de trabajo y de la oferta de servicios”, asevera la demógrafa e investigadora Blanca Morejón en su artículo “Características diferenciales de los migrantes internos en Cuba”, publicado en 2007 en la revista *Novedades en Población*, del Centro de Estudios Demográficos (CEDEM) de la Universidad de La Habana.

La tesis de Morejón ha sido confirmada por otras investigaciones de gran alcance, como la Encuesta Nacional de Migraciones Internas (ENMI), realizada en 1995 por el Instituto de Planificación Física (IPF), el propio CEDEM y la actual Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI).

También fue respaldada por los Censos Nacionales de Población y Viviendas de 2002 y 2012.

“A lo largo de casi dos décadas, se ha incrementado discretamente la participación de la mujer en la migración”, afirma, por su parte, la monografía “Migraciones internas en Cuba”, otro análisis conjunto del Centro de Estudios de Población y Desarrollo (CEPDE), la ONEI y el CEDEM.

Las principales corrientes migratorias en la isla, en general, no han variado en las últimas décadas: los movimientos se originan en el oriente, con Santiago de Cuba y Granma como principales provincias emisoras y la capital —o algunas provincias centrales— como receptoras.

Además de la cifra de mujeres, también ha crecido la de personas jóvenes con alto nivel escolar que abandonan el lugar donde nacieron en busca de otro futuro.

Las mujeres constituyen alrededor del 47 por ciento de las personas que habitan en las áreas rurales cubanas, según el CEPDE, y las causas más mencionadas por ellas para abandonar los campos son el matrimonio, el divorcio, la necesidad de acercamiento a seres queridos y otras similares.

Pero la insatisfacción con el empleo y la búsqueda de opciones laborales en otros territorios les siguen muy de cerca, coinciden las citadas indagaciones.

Datos del IPF publicados a fines de la pasada década confirmaron, además, las dificultades con el transporte, la dotación de agua potable, la disposición de residuales, la electrificación y alumbrado público, las telecomunicaciones, la urbanización, la vivienda y las posibilidades de superación y recreación, entre las principales causas del abandono de los pequeños asentamientos rurales.

Más recientemente comienza a aparecer, entre las posibles causas, la centralización de servicios médicos específicos en cabeceras municipales y provinciales, parte de una reestructuración en marcha para la atención primaria de salud en la isla.

“Pero aún no se puede considerar como una tendencia, pues resulta muy pronto para medir el impacto final que tendrán esas acciones sobre las migraciones”, señaló la máster Livia Quintana, psicóloga e investigadora del CEDEM.

EN BUSCA DE LUCES

Luisa Íñiguez, geógrafa especializada en los análisis demográficos, suele hablar de zonas “opacas” o “luminosas” para describir las diferencias de desarrollo entre los diversos asentamientos cubanos.

Así, asocia las “zonas luminosas” a espacios donde se concentran “las más fuertes inversiones en el sector turístico, la exploración y explotación de recursos minerales y energéticos, y en el sector agropecuario industrial”, precisó en julio de 2012, durante un taller por el 40 aniversario del CEDEM y los 20 años de la Conferencia de El Cairo.

Sin embargo, la propia Íñiguez y otros especialistas defienden que la migración desde las pequeñas comunidades rurales merece más de una mirada, todas muy detenidas.

Trinidad Sierra, especialista en Desarrollo Humano y coordinadora de proyectos de género en la ACPA en Granma, coincide y aporta sus propios argumentos.

En esa provincia se ubica un municipio como Pilón, muy cerca de Marea del Portillo, una zona eminentemente turística. Allí, en la comunidad de Mota, “hay muchas casas, pero solo un par de personas viviendo porque faltan servicios básicos. En este caso, no resuelve nada estar cerca de un polo de desarrollo, si no hay electricidad o caminos”, explicó.

Para Sierra, incluso las intervenciones evidentemente muy favorables, tienen que ser muy bien pensadas para no provocar efectos contrarios a los previstos.



También ha crecido la cifra de personas jóvenes con alto nivel escolar que abandonan el lugar donde nacieron en busca de otro futuro.

“Es el caso de la experiencia que tuvimos con la UBPC (Unidad Básica de Producción Cooperativa) Papi Lastre. Allí, una interesante propuesta de intervención con enfoque de género cambió conductas, generó capacidades; pero no pudo evitar algunas migraciones de mujeres”, reflexionó Sierra.

La especialista alude al proyecto “Fortalecimiento institucional para la implementación de una estrategia de género en cooperativas agropecuarias”, ejecutado en cuatro UBPC del país por la ACPA y las organizaciones no gubernamentales Mundubat y ACSUR Las Segovias, con financiamiento de la AECID y la Comunidad Autónoma de Murcia.

“En la Papi Lastre hicimos un diagnóstico importante de empoderamiento femenino y trabajamos en la sensibilización y capacitación de género. Llegamos a tener cinco delegadas mujeres (representantes de gobierno a nivel local) y hasta una presidenta de Consejo Popular. Pero ya esta última emigró para La Habana, pues descubrió que tenía otras posibilidades”, detalló la funcionaria de la ACPA

Para Sierra, quedó como lección que las intervenciones para el desarrollo deben ser integrales, bien meditadas y apuntar a todas las causas posibles del abandono de las zonas rurales.

Los Lineamientos de la Política Económica y Social, aprobados en 2011 durante el VI Congreso del Partido Comunista, otorgan prioridad al desarrollo territorial como iniciativa que potencie de manera sostenible su crecimiento económico.

Pero personas conocedoras como Sierra, con experiencia directa en proyectos de desarrollo local, aseguran que cualquier iniciativa para el despegue socioeconómico y productivo en las áreas rurales debe ser endógena; o sea, nacer desde las necesidades de las propias comunidades y tener autonomía para avanzar.

“El desarrollo local aún no ha llegado completamente a la base y la clave está en que los proyectos tienen que parecerse al lugar donde serán aplicados”, aseveró Sierra.

DESARROLLO LOCAL Y GÉNERO, BINOMIO CON DESAFÍOS

Por Dixie Edith



Entre las principales problemáticas de los asentamientos rurales en Cuba aparecen demandas vinculadas a la cercanía de opciones educacionales y de servicios de salud especializados.

La suma de estrategias de género a proyectos de desarrollo local solo tendrá éxito si va acompañada de beneficios palpables en la calidad de vida de las comunidades, coinciden especialistas y protagonistas de iniciativas que avanzan en este camino.

“No hacemos nada con potenciar la capacitación de mujeres en los espacios agrícolas, si luego no tienen dónde aplicar lo que aprendieron o sufren tantas dificultades, que terminan buscando lugares con mejores condiciones”, aseveró Aracelys López Almaguer, de la Cooperativa de Créditos y Servicios Fortalecida (CCSF) “Gabriel Valiente”, de Jiguaní, en la provincia de Granma, a más de 700 kilómetros de la capital.

Incorporada al proyecto “Apoyo a la estrategia de género de la ANAP”, que emprendió a mediados de la pasada década la organización no gubernamental OXFAM internacional en ese territorio oriental, la CCSF de López ha podido constatar los beneficios de una propuesta de desarrollo integral.

“No solo se han incorporado más mujeres a las labores del campo, del tabaco en nuestro caso, sino que han crecido los resultados productivos y por tanto, las ganancias. Muchos productores han mejorado sus viviendas, el acceso al agua, y eso ha sido muy bueno”, comentó Rosendo Armas Castillo, presidente de la cooperativa que agrupa a productores privados.

“Al principio costó incorporar a las mujeres, convencer a sus esposos y familias porque los campos son zonas de mucha tradición machista, pero hemos logrado que eso cambie”, agregó López, maestra de profesión, quien también dirige la Campiña “Mayelín Cardoso”, espacio de formación vocacional que inspira a niñas y niños en el amor por las labores agrícolas.

Más allá del empoderamiento femenino, Armas valora los cambios que se han producido en los hombres, “que ahora se ponen menos majaderos cuando sus mujeres se van al campo”, pero asegura que “hay que seguir trabajando”.

No todas las experiencias de introducción de miradas de género a proyectos de desarrollo rural resultan exitosas.

Para Trinidad Sierra, especialista de ACPA en Granma, uno de esos efectos puede ser “que nos encontremos luego con dos tipos de mujeres: una emancipada y empoderada que acaba emigrando; y otra, empoderada también, pero que termina siendo más discriminada porque tiene que multiplicarse para seguir con las tareas domésticas y un fuerte trabajo agrícola que antes no tenía”, detalló.



La suma de estrategias de género a proyectos de desarrollo local solo tendrá éxito si va acompañada de beneficios palpables en la calidad de vida de las comunidades.

Eso sin contar que ese trabajo doméstico, generalmente, es muy accidentado porque no pocas comunidades rurales siguen teniendo problemas con el abasto de agua, el transporte; o porque las escuelas de los hijos están lejos, por solo citar algunas dificultades comunes que enumeró la especialista de la ACPA.

Para Sierra, incluso intervenciones que apuntan a ser muy favorables tienen que partir del reconocimiento de que los modelos no pueden aplicarse a todas las comunidades o espacios productivos por igual.

“En algunos espacios productivos donde trabajamos en la provincia, por ejemplo, aún hay consejos populares que no tienen energía eléctrica, pero eso no se tuvo en cuenta y se repartieron módulos de cocción eléctricos (ollas arroceras y a presión). El resultado fue mucha frustración en aquellas familias que no podían usarlos”, acotó.

DESARROLLO LOCAL EN PERSPECTIVA

Más allá de las limitaciones materiales y de infraestructura, en un plano más vinculado a la organización

política y social, se han identificado como trabas para el desarrollo local el empleo de métodos de trabajo ineficaces, caracterizados por el verticalismo y la uniformidad, analiza la arquitecta Ada Guzón Camporredondo en su artículo “Estrategias municipales para el desarrollo”.

Parte del libro *Desarrollo local en Cuba: retos y perspectivas*, publicado en 2008 y del cual fue también compiladora, Guzón identifica como brechas en el citado artículo “la insuficiente participación de la población en la solución de sus problemas y una limitada integración y articulación de acciones promovidas desde organismos centrales”.

Una nueva Ley del Sistema Tributario cubano que entró en vigor el primero de enero de 2013 grava los ingresos de las empresas, sociedades mercantiles y cooperativas con vistas a que tales aportes financien proyectos de desarrollo local en la isla.

Esta ley “actuará como complemento en el perfeccionamiento del modelo económico del país”, había anticipado Meisi Bolaños, vicetitular del Ministerio de Finanzas y Precios, según publicó en noviembre de 2012 el sitio informativo digital Cubadebate.

La legislación, ya en curso, parte de estimular proyectos endógenos de desarrollo, identificados como prioridad en los Lineamientos de la Política Económica y Social, aprobados en 2011 durante el VI Congreso del Partido Comunista y que rigen el proceso de actualización del modelo económico cubano.

“La movilización de las reservas productivas presentes en todos los municipios pondría a disposición recursos nuevos para la gestión municipal y también para la redistribución nacional”, asevera Guzón, tesis que respalda la medida.

Sin embargo, el éxito de todos estos emprendimientos pasa por la validez de partir de la concepción de una estrategia local de desarrollo, particular en cada caso.

En ese camino, la investigadora Maité Trueba propone rescatar la experiencia del Programa de Desarrollo Humano Local (PDHL), realizado entre 1998 y 2011, iniciativa que incluyó el enfoque de género y contó con la participación de diversas comunidades de Cuba, gobiernos locales y la cooperación internacional.

“En los procesos actuales que vive el país, puede ser útil aprovechar el legado del PDHL en términos de proce-

sos de desarrollo humano, porque identificó y aprovechó los recursos territoriales, y logró que los actores locales ejercieran su capacidad para decidir y liderar sus propios procesos de desarrollo”, defiende Trueba en su tesis para culminar la Maestría en Estudios de Género, de la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana.

De acuerdo con Trueba, un elemento distintivo del desarrollo local para Cuba es que constituye un complemento necesario a las políticas y objetivos nacionales, y “brinda mayor protagonismo a los actores locales en la búsqueda de soluciones a sus propios problemas”, asevera en su investigación titulada “La transversalización del enfoque de género en el PDHL en Cuba, 1998-2008”, defendida en 2013.

A juicio de otras especialistas como Sierra y Guzón, no se conseguirá ningún resultado si la estrategia de desarrollo municipal se impone desde otros niveles de gobierno. “No puede ser una camisa de fuerza”, sino una herramienta que favorezca la fluidez del proceso”, asevera Guzón.



Cualquier iniciativa para el despegue socioeconómico y productivo debe nacer de las necesidades de las propias comunidades y tener autonomía para avanzar.

CADENAS PRODUCTIVAS: EN BUSCA DE ESLABONES PERDIDOS

Por Sara Más



A nivel de la cadena fue necesario completar los puntos de enfriamiento y conservación de la leche.

La vida dio un giro completo para Georgina Gibert González, una ganadera cubana que lleva una década trabajando en el campo y los últimos cinco años al frente de la vaquería El Jigüey, en Esmeralda, Camagüey, una de las mayores zonas ganaderas en el centro del país.

El cambio para bien llegó a cuenta de un proyecto que, bajo el nombre de Fortalecimiento de la cadena de valor de la leche (Focal), buscó restablecer los eslabones que median desde la producción lechera en fincas y cooperativas, hasta su comercialización, pasando por el acopio, los centros de enfriamiento, las pruebas de calidad y la industria.

“Antes la leche se llevaba hasta el municipio, a más de 20 kilómetros; la acopiaba un carro de la industria y no teníamos control del procedimiento ni de qué sucedía en el camino”, relata Gibert González.

“Siempre estábamos disgustados porque después nos decían que la leche no pasaba la prueba de calidad y no la aceptaban. Te enterabas a los dos o tres días, cuando ya no tenías cómo resolver ese problema ni cómo comprobarlo tampoco. Al final, esas pérdidas las teníamos que pagar de nuestro salario”, recuerda.

Financiado por la Unión Europea, CARE Francia, Oikos de Portugal y el Ministerio cubano de la Industria Alimenticia, Focal tuvo como contrapartes a la ACPA y la Sociedad Meteorológica de Cuba (Sometcuba) e involucró a otras entidades de la agricultura y la industria alimenticia cubanas.

De manera simultánea trabajó entre 2011 y marzo de 2014 en las provincias centrales de Camagüey (Esmeralda y Jimaguayú) y Sancti Spíritus (La Sierpe y el municipio Sancti Spíritus), con la idea de mejorar la disponibilidad y calidad de la leche en un proceso que demandó inversiones, pero también la integración a ciclo cerrado de la cadena productiva.

Donde se puso en práctica, se incrementaron los volúmenes de producción lechera, se redujo la leche ácida del 15 por ciento a menos del dos por ciento y se amplió la gama de productos finales, pues además de leche fluida, empezó a elaborarse localmente queso, yogurt y crema para la industria, informó Robier Hernández, codirector de Focal por la ACPA.

En la actualidad, a partir de los resultados de Focal, las autoridades cubanas de la agricultura conducen un programa para crear 971 puntos de acopio y enfriamiento de leche en el país.



Mejorar la disponibilidad y calidad de la leche demandó inversiones, pero también la integración a ciclo cerrado de la cadena productiva.

“Siempre se buscó calidad, no cantidad; nos fueron entrenando y preparando para entender que con la calidad mejoraban los resultados y también los ingresos; ganábamos mejor salario”, precisa Gibert González.

El proceso abarcó desde la alimentación del ganado y el manejo del ordeño, hasta el enfriamiento-conservación de la leche, su acopio y procesamiento.

“Eso llevó también a reordenar el trabajo interno de la vaquería. Ahora los ordeñadores viven allí, se levantan a ordeñar a las tres de la madrugada y a las seis de la mañana llevamos directo la leche al punto de frío, a pocos metros, comprobamos la calidad y siempre está buena. Como resultado entregamos más leche y de mejor calidad”, describe la ganadera.

Otro tanto sucedió con la alimentación del ganado, mejorada con un sistema de regadío para dos hectáreas, una de cultivos varios y otra de forrajes, con 18 variedades. “Hemos ido incrementado las áreas para sembrar, aprendimos también sobre el tipo y variedad de forraje más adecuados”, detalla.

A nivel de la cadena se completaron los puntos de enfriamiento y conservación de la leche, se reordenaron las rutas de recogida, mejoraron tecnológicamente dos

camiones isotérmicos en cada provincia para el traslado hacia la industria, se montaron mini-plantas y se capacitó a los actores de diferentes niveles en asuntos productivos y de género.

El proyecto incorporó, además, una estrategia de adaptación a las condiciones locales de variabilidad climática y transfirió buenas prácticas relacionadas con la equidad de género y la aplicación de tecnologías amigables con el medio ambiente.

Otro paso fue la creación de una infraestructura para el procesamiento local, con dos mini industrias, una de ellas en el municipio Esmeralda.

“No solo era factible, sino necesaria. Si se pierde el 15 por ciento de la leche y hay que traer el queso o el yogurt desde casi 100 kilómetros de distancia, ¿cómo no hacerlos allí mismo?”, argumenta Yamilé Pacheco Queipo, especialista en Inversiones de la Empresa Provincial Productos Lácteos de Camagüey.

Eso la ubicó mejor en el valor de la cadena productiva: no tenía sentido la mini industria si no había leche, no habría leche sin ganado y forraje. “Me empecé a involucrar y aprender de todo: desde el pasto hasta la comercialización, y eso me llevó a una identificación muy fuerte con todo el proceso”.

Mejorar el acceso de las mujeres al empleo y reconocer su contribución a la producción fue otra de las líneas de acción que se intencionaron.

“No es un secreto que prima el machismo en el sector ganadero. Identificamos brechas e inequidades de género porque las mujeres no estaban en los puestos de acceso a los recursos ni en los niveles de dirección”, expone Pacheco como ejemplos.

El propio rediseño de la ruta de acopio de la leche dio la posibilidad de proyectar puestos de trabajo para incorporar a las mujeres en diferentes labores en los centros de enfriamiento de la leche o en la realización de pruebas de calidad.

En otros casos se reconoció y retribuyó formalmente el trabajo que hacen. “En Jimaguayú algunas apoyaban a sus esposos en labores de las vaquerías y eso no era remunerado”, precisa Evelyn Márquez Álvarez, profesora de la Cátedra de Género de la Universidad de Camagüey y especialista vinculada a Focal.

“Allí había más de tres mujeres que, por cosas de la vida y por la migración de la población, que se da muchísimo, ordeñaban junto a sus esposos 10 o 12 vacas y

no recibían pago por eso. A ellas las incorporamos a las cooperativas”, agregó Márquez.

Para la experta, remunerarlas no solo significa un acto de justicia al designar un pago por su trabajo, sino que les permite aportar directamente a la economía familiar y tomar decisiones en el hogar.

En el caso particular de la mini industria de Esmeralda, se crearon puestos de trabajo con prioridad para las mujeres y se trabajó en función de desmontar algunos mitos que ayudan a desestimar la participación femenina en la industria a partir de las diferencias biológicas entre ellas y los hombres.

Pero lo más importante fue trabajar para empezar a cambiar la mentalidad y el modo de conducirse en la vida a partir de un mayor conocimiento del enfoque de género, al decir de la profesora.

“La idea es que mujeres y hombres tengan la capacidad y la posibilidad de contribuir por igual a un objetivo común, en este caso la producción y fortalecimiento de la cadena lechera; entender que tienen los mismos derechos y deben tener la misma igualdad de oportunidades”, agregó.

Focal restableció los eslabones que median desde la producción lechera hasta su comercialización, pasando por el acopio, los centros de enfriamiento, las pruebas de calidad y la industria.



EMPRENDIMIENTO FEMENINO SE ABRE ESPACIO EN EL CAMPO

Por Helen Hernández Hormilla



El acceso al empleo remunerado es uno de los problemas de las mujeres rurales cubanas.

Campesinas y líderes de la ANAP emprenden proyectos que garanticen la independencia económica femenina y rompan inequidades de género, ante la falta de trabajo remunerado para las mujeres rurales.

Cuando en 2010 Idelbis Dieppa comenzó a dirigir la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) “Sabino Pupo”, en el municipio camagüeyano de Nuevitas, a 535 km de la capital, debió enfrentarse a la desconfianza machista por ser la única mujer en una de las cooperativas más improductivas de la zona.

Cuatro años después, la CPA tiene mejor rendimiento, sumó más de 30 asociadas y captará a otras cuando, a fines de año, se inaugure la florería, salón de belleza, lavandería y quesería surgidas por un proyecto de fortalecimiento de la agricultura suburbana que financia la organización internacional OXFAM.

Estos inusuales servicios para localidades rurales figuran entre las 17 iniciativas apoyadas tras una convocatoria para estimular emprendimientos femeninos colectivos, lanzada en 2011 por la organización cooperativa entre 10 municipios de las orientales provincias de Camagüey, Las Tunas y Holguín.

Varias minindustrias, una ponchera y centros para generar fertilizantes agroecológicos son otras propuestas beneficiadas con equipamientos, medios de transporte y capacitación por este proyecto, que también suma fondos de la Unión Europea, la Agencia de Cooperación del Gobierno Vasco y la Embajada de Japón en Cuba.

Si al principio golpeaba el prejuicio de que la mujer del campo se debe al hogar, Dieppa asegura que, con los nuevos aprendizajes, ellas van tomando conciencia de sus derechos y la necesidad de contar con ingresos propios.

“Los esposos de las campesinas también se han dado cuenta de que es bueno para la familia que ellas trabajen, pero ha sido un proceso de cambio mental muy difícil”, confiesa entusiasta la actual funcionaria municipal de la Agricultura en Nuevitas.

Leonor Pedroso también enfrentó resistencias familiares cuando decidió vincularse como costurera al proyecto “Mujeres emprendedoras rurales” de la ANAP, apoyado por la organización no gubernamental ACSUR Las Segovias, con financiamiento de la Unión Europea.

“Siempre me dediqué informalmente a la costura, pero mi esposo nunca me dejó trabajar en la calle”, revela esta campesina de 63 años, que inclina la mirada tímida cuando narra una vida enteramente dedicada al cuidado familiar.

Al insertarse al proyecto por la CPA “25 Aniversario”, del municipio Florida, en Camagüey, Pedroso aprendió cómo planear un negocio y quiere montar en su casa un local para enseñar lo que sabe a las jóvenes de la comunidad.

En los cursos recibidos junto a otras emprendedoras comprendió que los límites femeninos son resultado de un orden social injusto y posibles de transformar.

“Son tabúes que se transmiten de generación en generación y hay que romperlos para que las muchachas no pasen por lo mismo que nosotras”, sostiene.

Otras 23 mujeres dedicadas a la producción animal, el cultivo de la tierra, la artesanía y el liderazgo campesino en las provincias Artemisa (a 102 km de La Habana), Camagüey y Granma (a 742 km al este de La Habana) participan del proyecto, que tiene entre sus objetivos una mayor incorporación femenina a procesos productivos y de decisión en el ámbito rural.

“Quisimos favorecer la gestión de lideresas capaces de empoderarse y multiplicar su experiencia en la comunidad y en otros espacios”, aclara Lorena Rodríguez, técnica de proyectos en ACSUR Las Segovias.

IDENTIFICANDO OBSTÁCULOS

Aún sin concluir, ambas experiencias muestran avances en la autoestima y conciencia de género de sus participantes, según arrojaron sendos talleres de intercambio convocados por la ANAP, OXFAM y ACSUR entre el 26 y el 28 de junio pasado, en Granma y Camagüey.

Los saberes adquiridos en las capacitaciones organizadas por los proyectos muestran luces para superar obstáculos comunes, vinculados al machismo vigente dentro y fuera de casa y aún muy recio en los espacios rurales.

“Algunos presidentes de cooperativas y dirigentes de la agricultura no confían en que las mujeres puedan concretar sus emprendimientos y esto las presiona, además de que los mecanismos burocráticos del país han retrasado la llegada de los equipos e insumos”, detalló Kenia Lorenzo, una de las facilitadoras de los talleres.

Según la socióloga, las condiciones de vida del ámbito rural frenan el desarrollo de las mujeres porque existen pocos espacios de socialización y las oportunidades de servicios y empleo para ellas son muy limitadas.

Por otra parte, las cooperativas carecen de mecanismos para contabilizar los aportes femeninos, porque las actividades que realizan las mujeres son más invisibles y precarizadas.



Ellas van tomando conciencia de sus derechos y la necesidad de contar con ingresos propios.

Ellas constituyen alrededor del 47 por ciento de las más de dos millones 800.000 personas que habitan en áreas rurales cubanas, según datos del CEPDE.

Pero la ANAP, que desde 2005 cuenta con una estrategia para cerrar brechas de género en su organización, tiene solo 65.993 mujeres, aproximadamente el 17 por ciento de su membresía, según datos de este año publicados en el periódico *Granma*.

“Es necesario incrementar la participación de las mujeres rurales, pero no de manera asistencialista”, advierte Lorenzo, de ahí que pondere las capacitaciones

ofrecidas por ambos proyectos desde hace un año, en función del liderazgo femenino.

Autoridades del sector agropecuario aseguran que, en los últimos tiempos, ellas han ascendido a puestos de decisión, al sumar más de 300 directoras de cooperativas en la isla caribeña.

“El mundo rural está pensado para los hombres, las herramientas de trabajo que se importan son diseñadas para ellos y las labores que realizan las mujeres no se valorizan”, acentúa Ania Mirabal, asesora de “Mujeres emprendedoras rurales” por ACSUR.

“Falta crear oportunidades locales para el desarrollo de las mujeres en igualdad de condiciones, por eso estos proyectos favorecen la conciencia colectiva y les dan

valor a ellas para protagonizar el cambio”, sostiene la educadora popular.

Yohanka Valdés, especialista de género de OXFAM, cree que el valor agregado del proyecto es promover una gestión económica sólida y diversa entre las mujeres, dentro de una organización mixta como la ANAP.

“Lo importante es que ellas mantengan las iniciativas y las hagan crecer, aun cuando no cuenten con todos los recursos en el futuro”, considera Valdés.

La experta en género advierte que, si bien el empoderamiento femenino depende de una independencia económica efectiva, también es necesario un proceso que acompañe el crecimiento personal y asegure que sean las mujeres las que verdaderamente disfruten de su trabajo.

“Antes las mujeres del campo eran solo para la casa y el marido, pero rompimos esas barreras y, aunque con dificultades, somos más felices”, reflexionaba Nubia Hernández, a punto entonces de ser nombrada directora municipal de la Agricultura en Guanajay, Artemisa, un puesto que nunca antes ocupó una mujer.

Se necesita seguir creando oportunidades locales para el desarrollo de las mujeres, en igualdad de condiciones.



FECUNDIDAD DEMANDA MIRADAS ATENTAS

Por Dixie Edith



Estudios constatan que la maternidad constituye una estrategia de vida para las adolescentes en algunas zonas rurales.

La fecundidad en Cuba suele ser bastante homogénea por territorios y zonas de residencia, pero existen pequeñas diferencias que requieren de miradas detenidas y atención urgente, aseveran especialistas.

“Cuando fui por primera vez a casa de mi prima Linnet, en La Habana, me sentía como un bicho raro. Tenía ya tres hijos y era dos años más chiquita que mi prima, que aún no tenía ninguno”, contó Aleydis Griñán, una técnica agrónoma de 39 años que reside en la ciudad de Bayamo, a poco más de 760 kilómetros de la capital cubana.

Cuando Griñán visitó a Linnet, tenía apenas 28 años, una pequeña de ocho años y dos varones de cuatro y tres, respectivamente. Entonces trabajaba en una finca cafetalera en el municipio de Contramaestre, en la oriental provincia de Granma, y se acababa de separar del padre de sus hijos.

“Mi prima tenía entonces 30 años y daba clases en una escuela secundaria, vivía con su novio, pero ninguno de los dos quería tener hijos. Ahora, finalmente, Linnet tiene una bebé de dos años y mi hija mayor ya va a cumplir 20”, agregó la bayamesa, quien actualmente trabaja por cuenta propia cuidando a personas mayores.

Las estadísticas nacionales están en línea con la historia de Griñán. En Cuba, las mujeres de las zonas rurales muestran niveles de parto más altos que las de las zonas urbanas y tienden a tener más hijos, por lo que llegan a sumar dos e incluso tres al final de su vida reproductiva, confirmó la Encuesta Nacional de Fecundidad (ENF), levantada en 2009.

Desarrollada por el CEPDE, de la ONEI, la encuesta también comprobó que “la concentración de mujeres en las edades más fecundas es ligeramente superior en la zona oriental del país”.

El Anuario Demográfico del CEPDE indica que, al cierre de 2013, las provincias cubanas que registraron mayores índices de nacimientos fueron Holguín, Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo, todas en la mitad oriental del país, una zona donde se concentran las mayores áreas rurales y los más bajos índices de desarrollo económico y social.

La encuesta confirmó, en tanto, que en el centro y el oriente predomina ligeramente la unión consensual sobre el matrimonio formalizado, y que el uso de anticonceptivos es ligeramente superior en las zonas urbanas de la isla.



Las mujeres de las zonas rurales muestran niveles de parto más altos que las de las zonas urbanas y tienden a tener más hijos.

La zona urbana también “parece asociarse con una mayor recurrencia al aborto y a las regulaciones que la rural, pero con diferencias mínimas”, asevera la ENF.

“Es apreciable la diferencia del tamaño de las familias entre la ciudad y el campo, creo que porque en el campo, al estar cerca de la producción, es más fácil mantener a más personas en una familia”, reflexionó Jorge Gómez Alarcón, a cargo de la formulación de proyectos en la ANAP en el municipio de Jiguaní, provincia Granma.

Sin embargo, Griñán no comparte ese criterio: “Es verdad que cuando estás cerca de la tierra es más fácil garantizar la comida diaria, pero no siempre ocurre así. Y esa no fue la razón por la que tuve tres hijos; en realidad siempre pensé que una se juntaba para eso. Si no me hubiera separado del padre de los niños, a lo mejor tendría más”, explicó.

En Cuba, un país con bajas tasas de fecundidad y un avanzado proceso de envejecimiento, las diferencias en el número de los nacimientos, ya sean por edad, zona, región u otras especificaciones, merecen ser detenidamente estudiadas, defienden especialistas como María del

Carmen Franco, demógrafa del CEPDE y parte del equipo que realizó la ENF.

BRECHAS DE LA RURALIDAD

Una de esas particularidades de la fecundidad en la isla es el aumento en los últimos años de los embarazos —y de los partos— entre muchachas muy jóvenes.

Cifras de la ONEI reflejan que Cuba ha incrementado la tasa específica de fecundidad adolescente desde 47,3 por cada mil mujeres menores de 19 años en 2004, hasta 54,2 en 2013.

“Aunque no son marcadas las diferencias entre las zonas urbanas y rurales, son las provincias orientales las que alcanzan los valores más elevados”, refiere el artículo “Maternidad adolescente y estrategias familiares en comunidades montañosas de Santiago de Cuba: estudio de casos”.

La provincia de Santiago de Cuba, a unos 860 kilómetros al este de La Habana, representa “la tercera con mayor crecimiento natural de la población y posee una tasa específica de fecundidad adolescente de 57 por

cada mil mujeres entre 10 y 19 años”, apuntan las master en Ciencias Yenisei Bombino y Livia Quintana, autoras del texto.

Bombino, del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) y Quintana, del CEDEM, realizaron su investigación, específicamente, en dos municipios montañosos de la referida provincia: Guamá y Tercer Frente.

Considerados fundamentalmente rurales, estos territorios tienen una alta presencia de comunidades dispersas por el macizo montañoso de la Sierra Maestra, donde se encuentran las mayores elevaciones de la isla.

En Tercer Frente, más del 64 por ciento de la población residía en zonas rurales en el momento de la investigación, en 2010, mientras que en Guamá esa cifra alcanzaba 76 por ciento. En ambos municipios los hombres constituían la población predominante.

En 2010, según datos del CEPDE, Guamá y Tercer Frente presentaron tasas de fecundidad adolescente de 92,8 y 58,5 por cada mil mujeres de este segmento etario, cifras por encima de la tasa registrada por la provincia en su totalidad.

“Uno de los resultados más interesantes de la investigación fue que la maternidad constituye una estrategia de vida para las adolescentes de estas zonas, insertadas en proyectos tradicionales de familia que tienen que ver con limitadas oportunidades de desarrollo personal y carencias de estrategias que induzcan a la toma de decisiones reproductivas responsables”, explicó Bombino.

Al explorar las condiciones ideales que se deben disponer para tener hijos, las adolescentes entrevistadas por estas investigadoras declararon que estas incluían tener un trabajo, la edad necesaria y desear tenerlos, pero además, contar con una vivienda con condiciones y un padre para ese hijo o hija.

“Pero apreciamos una contradicción entre lo expresado y sus realidades de vida: estudian o han abandonado los estudios, no planificaron ni deseaban la maternidad, suelen ser madres solteras y las condiciones de la vivienda son precarias”, precisó Bombino.

Los resultados del estudio apuntan que mientras para un grupo de adolescentes la maternidad continúa siendo un indicador que refuerza la identidad femenina, para otras “responde a una carencia de oportunidades sociales, debido a limitadas opciones de continuidad de estudios, de empleo, recreación y oportunidades de desarrollo”.

“También constatamos que las muchachas no estaban tomando sus decisiones reproductivas de forma respon-

sable, sino que llegaban a ellas por caminos conducidos por la voluntad de otras personas y circunstancias: los hombres, la familia o el grupo de pares”, apuntó Bombino.

Entre los hombres adolescentes y jóvenes emergió el criterio de que debían tener hijos con todas las mujeres que fueran sus parejas, un elemento que no ayuda a la toma de decisiones responsables.

Las adolescentes entrevistadas tampoco recurrieron con frecuencia al aborto, un comportamiento bastante común en el resto del país.

Según el citado estudio, entre las razones más reiteradas se detectaron “carencias en la comunicación familiar sobre los temas de la sexualidad, lo que limita la búsqueda de protección y apoyo, tempranamente”.

También creencias socialmente compartidas sobre posibles efectos en su capacidad futura de procrear y “concepciones interiorizadas de no impedir el nacimiento de los hijos porque son seres vivos desde el claustro intrauterino”.

Ambas autoras consideran oportuna la creación o activación de otras redes de apoyo social que permitan liberar de cargas a las madres adolescentes para poder dedicarse a trabajar o superarse.

Pero también señalan la urgencia de pensar en estrategias de intervención que apunten a la búsqueda de igualdad de oportunidades y a cambiar patrones machistas muy entronizados en la zona.

“El elevado número de embarazos adolescentes en estas comunidades montañosas se relaciona también con la persistencia de una arraigada cultura patriarcal que reproduce desigualdades de género”, aseveró Bombino.

En 2011 el 23 por ciento del total de nacidos vivos del país provino de mujeres residentes en zonas rurales, donde la edad mediana del parto es de 24 años.

La Encuesta Nacional de Fecundidad de 2009 constató que las mujeres de 15 a 54 años de edad de la zona rural muestran niveles de parto más altos que ese mismo segmento poblacional en la urbana, y tienden más a continuar procreando, por lo que un buen número de ellas tiene tres o más hijos.

La edad media de la primera relación sexual de las mujeres rurales es de 16,5 años y la edad promedio en que por primera vez usaron anticonceptivos es de 17,5 años. El 33,3 por ciento de las mujeres rurales no usaron métodos anticonceptivos antes del primer embarazo.